

# EL RECUERDO

SEMANARIO DE LITERATURA Y VARIEDADES.

**Redactores.**—D. Heraclio C. Fajardo.—Dr. D. Fermin Ferreira y Artigas.—D. Juan B. Gómez.—D. Plácido Douclai.

**Colaboradores.**—Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes.—D. Nicolas A. Calvo.—D. Domingo F. Sarmiento.—D. Palemon Huergo.—Dr. D. Luis Otero.—D. Héctor Varela.—D. Anjel J. Blanco.—Dr. D. Juan Carlos Gomez.—D. Carlos Augusto Fajardo.—D. Juan José Soto.

## JARILLA

NOVELA ORIGINAL

Por la Señorita Doña Carolina Coronado.

¿Quereis saber lo que es una muger apasionada? ¿Quereis valorar el tesoro de sensibilidad y ternura, de idealismo y cariño, que encierra un corazon vírgen, no contaminado por el hábito del mundo ni por el influjo de la civilización, que si no apaga, amengua y desvirtúa cuanto hay de noble y espontáneo en él?... ¿Quereis saber cómo en el fondo de las selvas, lejos de la corrompida atmósfera de las ciudades, se desarrolla y crece el sentimiento, cómo se identifica con la naturaleza, cómo al soplo de las pasiones se revela indómito, violento, arrollador, irresistible?... ¿Quereis, en fin, saber cómo siente un alma vírgen, cómo se enamora y ama, cómo gime y se regocija, cómo llora y sucumbe aniquilada por la hoguera que alimenta en su propio seno?... Leed á Jarilla.

¿Y qué es Jarilla? preguntarán algunos de nuestros lectores que no conozcan la linda novela que lleva este título.

Jarilla, atendida su forma, puede ser una leyenda, un cuento, un libro de caballerías... lo que gustéis: considerada bajo el punto de vista artístico, es una creacion, una belleza fantástica que tiene mucho de real.

Jarilla es una página del corazon escrita con toda la ternura y delicadeza de que solo es capaz una muger. Tal vez la señorita Coronado, sin advertirlo, ha narrado en esta forma sencilla muchas de sus impresiones y recuerdos. Tal vez su libro, incomprendible

para los que no saben sentir ni amar, ha sido concebido y escrito con la fiebre del amor y el infortunio. Tal vez no es otra cosa que un melancólico gemido, un ¡ay! involuntario, que á impulsos de la pasión brota del alma, y repiten los labios maquinalmente.

Jarilla, en nuestro humilde concepto, simboliza á la muger que se ha educado y vive lejos del mundo, y se forja un mundo aparte; que siente la necesidad de amar y de ser amada, y sueña una dicha celeste, y la espera con la fé de la inespereincia, con el candor de la niñez, con la pureza de la inocencia, con el vivo anhelo de una voluntad que no ha sido nunca contrariada, y tropieza con el primer obstáculo; y con la tenaz energía de un corazon amante henchido de ilusiones y esperanzas, en el que la sávia de la juventud hace rebosar la vida, la poesía y el amor, como la llama de un fuego bien nutrido, arroja fuera del vaso el hirviente líquido que contiene.

Eso es Jarilla: tierna niña de quince primaveras, de grandes ojos negros, rasgados y brillantes, de niveos dientes y cabellos tan suaves como las ondulaciones del agua. Flor silvestre escondida en el fondo de un valle; tórtola amorosa que no ha tendido su vuelo fuera de su inculta soledad, porque allí encuentra cuanto necesita para vivir. Eminencias que el sol baña, sombrías alamedas, frescas grutas que convidan al reposo; arroyos bullidores que corren serpeando entre guijas y amapolas; ar-

monias del viento que suspira entre las hojas; cantos de las aves que la regalan sus trinos; perfumes de las flores que se abren á su tránsito.

Hija de la naturaleza, sencilla é inocente, ingénua y candorosa como ella, Jarilla, obedeciendo únicamente á los impulsos de su corazón, se deja arrebatar de sus primeras impresiones, sin detenerse á considerar las consecuencias. Ve á un hombre, jóven, gallardo, seductor; vivo trasunto del tipo ideal que toda muger se crea en su imaginacion, cuando una necesidad secreta, una vaga inquietud que no comprende, la impulsa á darse cuenta de sus emociones y á indagar la causa del malestar que la aqueja, del vacío que siente á su alrededor: Jarilla encuentra al pié de una sierra á un jóven guerrero, á Roman, que da de beber á su caballo, y al punto que le mira, se queda estática contemplándole enagendada de gozo y de asombro. Roman es la encarnacion de sus sueños de muger; la *incógnita* misteriosa que no alcanzaba á descifrar; la imágen informe que bullia en su cerebro y pugnaba por adquirir contornos y espresion. Hélo allí que se aparece de repente, como escapado del firmamento y *traído por dos estrellas*; porque Jarilla, en su infantil ignorancia, llama así á los acicates de oro del guerrero que lanzan fulmíneos destellos, heridos por el sol; porque cree que el mundo termina en el limitado horizonte que abarcan sus ojos, y se imagina que su futuro amante no ha podido venir de otra parte que del cielo, escoltado por *dos estrellas*.

La ingenuidad de la vírgen, el abandono y confianza con que habla á Roman desde la primera vez que le vé, pintan ya el carácter de Jarilla con rasgos felicísimos que se graban en el ánimo del lector, despiertan su curiosidad y le obligan á interesarse por ella y por su amante.

¡Cuán bello es y cuán bien trazado está el amor de ambos!... Ora Jarilla, creyendo adelantarse con las horas, aguarde á Roman en la fuente de las Adelfas el dia señalado para su vuelta, mucho antes que los primeros vislumbres del alba precipiten la luna á su ocaso; ora el enamorado doncel desprecie por ella á la hermosa duquesa de Silves, renuncie á la herencia de su presunto padre y al favor del monarca, y lleve la ceguedad de su delirio

hasta apostatar de la religion en que se educára: en el castillo de Salvaleon él, y en el de Salvatierra ella, víctima de la venganza de doña Inés, cuando esta la hace creer que Roman es su marido y la ama; y en prueba saca su retrato y lo besa con frenesí; cuando lleva su perversidad hasta el extremo de encaminar á Jarilla á la alcoba del disoluto príncipe don Enrique *vestida de blanco y adornada de flores*; cuando el marqués de Santillana quiere casarse con ella para poner á cubierto su honra, y la reina doña Leonor suplica á Roman que permanezca en su corte, prometiendo tratarle como á hijo; cuando vuelven á encontrarse los dos amantes en la fuente de las Adelfas, y el doncel, que se ha hecho moro creyendo mora á su adorada, huye frenético al saber que es cristiana; al verla caer de hinojos y juntar las manos para orar al pie de una encina donde se aculta una imágen de María; y finalmente, en la tristeza, en el abatimiento, en la mortal melancolía que se apodera de Jarilla, imaginándose que ya *él* no la ama, melancolía que la conduce lentamente al sepulcro en *los últimos dias del mes de mayo*; en el dolor y desesperacion que arrastran al infortunado Roman á buscar el término de sus padecimientos en un horrible precipicio... en todos esos y en tantos otros episodios interesantísimos, que no recordamos en este momento, está perfectamente pintado el carácter original de Jarilla, el amor sublime y los instintos de la muger que no ha aprendido aun á disimular ni á mentir; carácter, amor é instintos que resaltan tanto mas, cuanto se comparan con la lealtad caballeresca, con la pasion volcánica y la pureza del sentimiento religioso que resplandece en el heroico sacrificio que voluntariamente se impone el desventurado jóven para lavar su pasado extravío. Jarilla le abre sus brazos, le acaricia, le llama con los nombres mas dulces que pueden pronunciar los labios de una muger querida; pero Roman, acometido de un vértigo espantoso, recuerda que *la religion ha vuelto á poner entre él y Jarilla una barrera insuperable. Jarilla es cristiana. La Virgen de los Dolores es su madre. ¿Quién será bastante osado para acercarse á ella? ¿Cómo el apóstata, el siervo de Mahoma se atreverá á ser esposo de la doncella cristiana?...*

Tal es la novela de la señorita Coronado: para juzgarla, no hemos hecho un analisis de-

tenido de ella, porque hay ciertas obras que no se prestan al analisis. Son púdicas sensitivas, que se encogen, se amustian y perecen al rudo contacto de una mano poca delicada. Para apreciarlas en lo que valen, es preciso verlas en su conjunto; buscar la armonía y el enlace de las partes que las componen, y sobre todo, seguir el pensamiento dominante y examinar si el autor ha sabido desarrollarlo de modo que ofrezca novedad é interés. Si lo ha conseguido ¿qué importa lo demás?

Jarilla y Roman son las dos grandes figuras que se destacan en el cuadro, que con tanta riqueza de colorido y espresion, ha trazado la señorita Coronado. A ellos, pues, hemos consagrado nuestra atencion. Los demás personajes, aunque bien delineados en su mayor parte, como el del page (Perez), la portuguesa (doña Inés), Regio, etc., son accesorios: ocupan un lugar en el lienzo solo para que la luz y la sombra se reflejen mejor en la fisonomia de los que figuran en primer término. Jarilla y Roman, y particularmente la primera absorve todo el interés. Cuando no la vemos, cuando se prolongan demasiado los incidentes y digresiones (de que la autora no se ha mostrado avara, sea dicho entre paréntesis) sentimos un impulso de despecho, y devoramos la página buscando con avidez su nombre.

Sin embargo, nos cumple aquí decir que esas pequeñas contrariedades para escitar mas y mas la curiosidad del lector, esa facilidad para hacer una transicion hábil é inesperada en una situacion interesante, cualidad indispensable al novelista y que en tan alto grado posee Dumas, es una de las cosas que mas nos han agradado en la novela de la señorita Coronado, si bien hubiéramos querido que fuese mas parca en la aglomeracion de personajes y sucesos.

En cambio de este y otros ligeros defectos, la trama está bastante bien urdida, los caracteres bien sostenidos; los acontecimientos políticos enlazados con la accion general, se eslabonan sin violencia; aunque suelen distraer á veces la atencion del lector de los personajes principales mas de lo que convendria. El interés, no obstante, se conserva y aumenta de capítulo en capítulo; el recuerdo de Jarilla es una esencia perfumada que se insinúa

Madrid—1851.

por la mas leve hendidura, y llega hasta nosotros convidándonos con sus gratas emanaciones á buscarla mas allá; el estilo es fácil, vehemente, adaptado á la índole de la novela; el diálogo animado, las imágenes oportunas; bellísimas algunas descripciones; hay imaginacion y una imaginacion vigorosa y lozana, y no poca novedad en el enredo de muchas situaciones, y un profundo sentimiento de lo bello en la manera de presentarlas.

La primera entrevista de Roman y Jarilla; la escena del retrato entre esta y la portuguesa; la del gabinete con don Enrique, y las bellas entre las mas bellas de la cuarta parte, desde el capítulo II hasta el final, honrarian á cualquier novelista por aventajado que fuese su mérito.

El capítulo VI, sobre todo, está escrito con una ternura, con una sensibilidad, con un encanto y una uncion tal, que no solo conmueve y entenece; mas de una vez los párpados se cierran bajo el peso de una lágrima fugitiva, que se escapa del corazon sin que la sintamos.

Los estrechos límites á que por fuerza tenemos que reducirnos, pues el periódico para el cual escribimos estas mal trazadas líneas, no publica artículos de grandes dimensiones (y siendo de crítica literaria ni cortos ni largos), nos impiden estendernos en consideraciones de otro género. Diremos, pues, para concluir, que la novela de la señorita Coronado, es un nuevo florón de su rica diadema de poetisa; y nosotros, admiradores de su talento, de su modestia y demás apreciables dotes que tantas simpatías la han conquistado, tenemos un verdadero placer en contribuir, aunque sea con una sola hoja, á la fragante guirnalda que manos mas diestras tejerán para ella.

Nada vale nuestro voto; pero es sincero y leal, como puede serlo el del mejor de sus amigos. Siempre hemos tenido una gran satisfaccion en alabar todo lo que realmente lo merece, y cuando á esta circunstancia se reune la de ser obra de una persona tan recomendable como la señorita Coronado, en vez de palabras, quisiéramos tener una corona de oro para ponerla á sus piés, y en vez del humilde tributo de nuestro estéril aplauso, otra de laureles para colocarla en su frente.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto la siguiente lindísima poesía escrita en 1846, y dedicada por el autor como un débil homenaje de su aprecio á las señoras y señoritas que con su cooperacion y labores contribuyeron al sosten del hospital de damas Orientales. Prescindiendo de su mérito literario, la reciente esposicion que ha tenido lugar hace pocos dias en Montevideo con un objeto análogo, presta un doble interes de actualidad á estos versos del distinguido escritor Oriental, del noble poeta cuya armoniosa lira ha vibrado siempre, lo mismo en América que en Europa, con tan altas y generosas inspiraciones, al cantar las glorias del nativo suelo, la virtud y el patriotismo. He aquí la composicion :

LA CORONA DE LA BELLEZA.

Es la mujer en la tierra  
Blanco serafin sin alas;  
Bendito vaso que encierra  
Un bálsamo celestial;  
Anjel de paz y consuelo,  
Que para dicha del hombre,  
En forma humana, del cielo  
Viene á aliviarle de mal.

Dios puso en su virgen seno  
Cuanto hay de noble en el suyo,  
Y un corazon de amor lleno,  
De indulgencia y de bondad:  
Chispa divina, que ardiendo  
Al soplo del infortunio,  
Poco á poco consumiendo  
Su vida tan frágil vá.

Es su mision bienhechora  
Protejer al desvalido,  
Y consolando al que llora  
Siempre tierna, siempre fiel,  
Junto al lecho del que gime  
Mártir de la patria heróico,  
Con abnegacion sublime  
Velar noche y dia por él.  
Y jamas ha renegado  
La muger su alto destino,  
Ni de su frente empañado  
La guirnalda divinal:  
En todo tiempo y doquiera  
Ha sido un Sol, que fecundo,  
Ha vertido en su carrera  
Ventura, esperanza y paz.  
En medio la guerra impía  
Que há tres años nos devora,  
Con cuánta filantropía,  
Humanidad y teson,

No la hemos visto, grandiosa  
Como su época, alzarse,  
Y con mano vigorosa  
Levantar al que cayó?

Dignas y nobles matronas!  
Con vuestro eminente celo  
Y patrio amor, dos coronas  
Conquistado á un tiempo habeis:  
Porque á la patria en ofrenda  
Habeis dado vuestros hijos,  
Y salvado en la contienda  
Sus defensores despues.

Vosotras, vírgenes bellas  
De faz de clavel y nieve,  
De aérea cintura leve,  
De voluptuoso mirar;  
Vosotras que dulcemente  
Felices pasais las horas,  
Sin que os amaguen traidoras  
Otras horas de pesar;

Vosotras que todavia  
No sabeis cuan presto pasa  
Esa dicha, y como abrasa  
Su recuerdo el corazon;  
Vosotras, que en verdes sueños  
Mas puros que el claro dia,  
Pura y vírgen todavia  
Conservais vuestra ilusion:  
Recibid tambien afables  
La harmonia que suspira  
En las cuerdas de mi lira  
Mi alma henchida de placer,  
Al miraros compasivas  
Sin vanidosos desdenes,  
Del infortunio en las sienas  
Blancas flores deponer.

Es muy bello, sí, muy bello  
En esa edad de ilusiones,  
Ceder á las impresiones  
Del deber y la virtud ;  
Y arrebatar un instante  
De su existencia lozana,  
Para darlo al que mañana  
Quizá trague el ataúd.

Mañana esposas felices  
Y madres sereis, y hijos  
Los ojos en vuestros hijos  
Mirándolos con amor,  
Traereis acaso á la mente  
Estos recuerdos, que ahora  
En vuestro pecho atesora  
El presente abrumador.

Y entónces vuestras mejillas  
Surcará lágrima ardiente,  
Y al tierno niño inocente  
Contra el seno estrechareis ;  
Y al pensar en el futuro  
Sufriendo horrible martirio,  
En vuestro amante delirio  
Tiernamente le hablareis :

De Patria, guerra, tiranos,  
Virtud, honor, esperanza,  
Resignación, confianza  
En el supremo Hacedor.  
Y absorto el niño entretanto  
De vuestro labio suspenso,  
Oirá con placer intenso  
Vuestra plegaria de amor.

Y esas palabras cual gotas  
De purísimo rocío,  
En su corazon vacío  
De todo vapor mortal  
Caerán ; —y allí con los años  
Adquiriendo nueva vida,  
Serán la fuente escondida  
Dó beba felicidad.

Seguid vuestro noble impulso  
Sin mirar donde os conduce . . .  
Misterioso un astro luce  
Perdido allá en el confin . . .  
Id adelante, y sus rayos  
Grabarán en vuestra frente,  
La aureola refulgente  
Que corona al serafín . . .

#### A. MAGARIÑOS CERVANTES.

Montevideo, 20 de Agosto de 1856.

## TEATROS

Uno de los elementos por donde se infiere el adelanto progresivo de esta Capital, es la altura de las corporaciones que sirven actualmente los dos teatros hábiles y la concurrencia que á ellos afluye cotidianamente.

El Argentino, á pesar de que la compañía dramática que en él funciona no deja de ser imperfecta no obstante el número de artistas que la componen, es generalmente concurrido y aquella aplaudida, aunque á ello contribuyan los esfuerzos de los apasionados, mas bien que los méritos de los artistas á quienes se dirijen tan entusiastas ovaciones. — Por el contrario, á la que trabaja en el principal le falta algo para desempeñarse mejor en el servicio del público, y ese algo . . . son cierta clase de artistas predestinados á no ser mas que unos escalones por donde se ha de remontar el talento. Seamos mas claros: le falta eso que en términos profesionales se llama

man partes por medio como si dijéramos coristas. — Por demás sería observar que en el teatro Argentino, no hay qué oponer á la maestría, talentos y disposiciones de las cuatro damas del principal. — El primer actor de este, sinó de lo mejor que se puede obtener, tiene por lo menos, mejor personal, mejor mímica, mas dignidad y últimamente es menos afecta, do que el del Argentino. — Al sobresaliente Garcia Delgado no siempre le cede el campo el Garcia del principal : el Sr. Lopez y el Sr. Pardiñas se lucen siempre que sus roles cuadran con la pendiente de su carácter. Falta en el principal un actor simpático y con mérito como Lutgardo Gomez, á quien hacemos justicia en decir que es el comodín de la compañía; pero con fruto para sí, para su empresa y para el público en general.

Nos resta mencionar á los Sres. Fragoso y Jover, y . . . justa sea hecha, cada uno de

ellos está perfectamente colocado en su respectivo puesto. Uno y otro nos harán reír esa risa espontánea que nos produce cualquier choque repentino y ridículo; pero uno de ellos nos hace mas de una vez contener el torrente de la risa, para admirar el talento del artista y para gozar con mas avidéz desde el fondo del alma.—Este es Jover.—

Por lo que dejamos escrito se verá que no habla en nuestra conciencia ninguna afecion personal, ningun deseo innoble. . . . damos solo giro á nuestro modo de ver, a nuestro modo de sentir.—

Tiene el teatro Argentino, lo que no tiene el principal:—*La Zarzuela*; y esta aunque sea muy ingeniosa subplantacion del *Vaudeville* en el teatro francés, y muy admitida en el teatro español, en los nuestros tendrá que decaer si solo se ha de ejecutar con sacrificios de nuestros actores no aptos para su desempeño.—

Tiene tambien el cuerpo coreográfico, que  
(Remitido)

no lo tiene el principal; pero aconsejamos á la empresa de este que no se afane por igualarle en el número, porque un par de buenas parejas danzando en medio de montones ó figurantes, solo consigue fatigarse, sin dejar al espectador el tiempo de apreciar su habilidad.

Hecha la clasificacion concienzuda de uno y otro teatro con sus respectivas compañías, nos disponiamos á formar la *Crónica* de las exhibiciones de esta semana; pero nos vemos obligados á aplazarla, participando amistosamente del duelo en que se halla sumida la familia Segura por el fallecimiento de su Sr. padre.—Sean permitido recomendar á la estimacion del público la conducta generosa y fraternal de la compañía del Argentino, que agena á las diferencias de las empresas, acudió prontamente á formar parte del séquito funeral en el dia del entierro. Este comportamiento les ha valido un *bien* de parte de los observadores, y un lugar imperecedero en el Recuerdo.

X. X.

## LAS RIVALES

(Continuacion—Véase pág. 127.)

Cada uno de esos hombres llamó un criado concluida la lectura de estas cartas, y dió órdenes en reserva.

A las ocho de la noche un carruaje se detuvo en la casa de Hada. Un jóven elegantemente vestido, bajó y llamó a la puerta.

—Lorenzo! exclamó Hada palideciendo.

La infeliz estaba reclinada en un sillón de la sala cuando él se presentó á la puerta. En ese mismo momento su imaginacion, su alma ardiendo de pasion y herida por la mano de los celos, se ocupaba toda del objeto de su amor, de la esencia de su vida.

—Hada! dijo Lorenzo besando con efusion su mano que conservó estrechada.

Hada fijó sus ojos rasgados y bellos en los ojos de Lorenzo: los del uno leían, los de la otra hablaban. Oh! y no hay lenguaje que traduzca la vehemencia del sentimiento, como lo hace esa espresion indefinible de la mirada.

El espíritu de Lorenzo no vagaba esta vez por el cenador de un jardín; fijo y concentrado en Hada olvidó por un instante cuanto le rodeaba en tiempo y espacio, para lanzarse en

el impetuoso mar del alma enamorada y celosa de aquella virgen.

Hada fué comprendida; su seno se levantó como una alta y pausada ola, y un hondo suspiro pareció que rompía su pecho, al caer hácia atras la cabeza sobre un hombro de su madre.

—Creíamos que nos habíais olvidado Lorenzo—dijo esta—aun ignorando que os allábais aquí todavia.

—Anteayer. . . .—contestó Lorenzo algo cortado—única oportunidad. . . me preparaba á regresar en el paquete en que llegué hoy.

—¿Os habriais marchado entónces? dijo la señora.

Hada siempre reclinada en el hombro de su madre, abrió los ojos, los fijó en Lorenzo con indignada admiracion, y bajando languidamente los párpados continuó mirándolo con una mezela de satisfaccion y de reproche.

—Sí, señora—contestó Lorenzo; y viéndose descubierto por Hada aunque sin imaginar cómo, agregó—Ojalá se convenciera Hada de

que no podría demorar en verla si obedeciera á la voz de mi cariño.

—¿No la veis enferma? Nos ha asustado mucho.

—Ya lo sabía, dijo Lorenzo, y besó otra vez la mano que agitó la jóven como si se la hubieran herido—y he sufrido—agregó con incisiva intencion.

—Tal noticia os sorprenderia mucho en Buenos Aires, dijo Hada; ¿es cierto?

—En Buenos Aires... tartamudeó él.

En ese momento llamaron á la puerta; Lorenzo aprovechó la ocasion de eludir una respuesta y fué á abrir al cochero que le dijo dos palabras de parte de un criado recién llegado.

—Señora, tengo una cita para las ocho y media—que van á ser ya, interpuso Lorenzo mirando al reloj—y me perdonareis la exactitud. Hé llenado ya una necesidad de mi alma: veros, ver á Hada. Mañana os visitaré con mas tiempo. Hada, os deseo mejora.

Siempre en la misma actitud Hada llevó

el pañuelo á los ojos y estendió el brazo izquierdo sin mirar.

Lorenzo besó otra vez su mano y se despidió de la señora.

—¡Pobre ángel! murmuró al entrar al carruaje.

A las doce de esa noche el mismo hombre que habia traído recado para Lorenzo, anciano y antiguo criado del padre de Hada, llevaba en una volanta á una jóven vestida de invierno y cubierto el rostro con un velo negro.

Por el mismo camino habia pasado una hora ántes un coche conduciendo otra jóven bajo cuyo sobretodo se descubria un rico traje y una guirnalda de azahares semi-oculta en la capiruzo y casi invisible contra el forro de raso blanco. Una cabellera magnífica caía sobre sus hombros, é iban metidas sus manos en una piel de cisne.

La volanta llegó al monte aislado de durazneros que ya conoce el lector, y se ocultó en él.

Unos momentos despues, lentamente y como con penas se destacaba una sombra de allí en direccion á la quinta.

CÁRLOS A. FAJARDO.

## LA ESPERANZA PERDIDA.

Vuela, vuela, mi barquilla,  
Vuela, vuela, sin cesar;  
Que el mar surcando tu quilla,  
Llegar podras á la orilla  
Do espero mi bien hallar.

No te arredre la mudanza,  
Nada temas, bajel mio,  
Que está la mar en bonanza:  
Cruza rápida *Esperanza*,  
Que en tí mi esperanza fio.

Tu nombre solo pudiera  
Desvanecer la ilusion  
Que yo de la mar tuviera;  
Tu marcha, pues, acelera  
Al compas del corazon.

De fresca brisa impelida  
Blanca espuma atras dejando,  
La *Esperanza* de mi vida,  
Va de velas circuída,  
La anchurosa mar cruzando.

Cada uno de esos hombres llamó un criado  
concluida la lectura de estas cartas, y dijo:  
De ocaso borrando la púrpura y grana  
Estiende la noche su negro capúz;  
Y luego radiante la bella sultana,  
Esparce á torrentes su palida luz.

Las vagas estrellas rielan al punto  
Lanzando destellos de vivo fulgor,  
Y todo este cuadro de mágico asunto  
Respira embeleso, delicia y amor.  
Las olas, meciendo mi blanca sirena,  
Palpitan apenas con ledo sonar,  
Y allá en el espacio parece que suena  
De angélico coro el dulce cantar.

Y vá mi barquilla, mi leve *Esperanza*,  
Henchidas las velas y libre el timon,  
Qual blanco fantasma que rápido avanza  
Cruzando los mares á ignota region!  
El faro que oscila la barca con brio  
Describe mil curvas de rojo color,  
Qual globo de fuego lanzado al vacío  
Envuelto entre nubes de denso vapor.

Y así de las olas mi barca triunfante,  
Las límpidas aguas dejando tras sí,  
Batiendo sus alas, espero el instante  
De hallar el tesoro que espérame allí.

Divísase luego la tierra cercana  
Que plácida alumbra la luna gentil;  
Da fondo mi barca, y espero mañana  
Mirar realizado mi sueño febril.

Llegó el momento que anheló mi mente,  
Y que en doradas ilusiones ví;  
Ya el rubio Apolo con su faz riente,  
De nuevo torna á la natura en sí.

Rasga atrevido con sus rayos de oro  
Del horizonte el vaporoso tul;  
Y destilando el matutino lloro,  
Parece espejo la region azul.

Como el marino á la polar estrella,  
La tierra busco que mi encanto fué;  
Dejo mi barca, mi *Esperanza* bella,  
Y pongo en tierra tembloroso el pié.

Mas, oh que asombro! de terror yo muero...!  
¿Qué es esto, cielos, que mis ojos ven?  
No encuentro al ángel de mi amor primero;  
Tampoco ¡ay triste! mi ilusorio eden...  
¿Qué fueron ¡ay! las ilusiones bellas  
Qué crédulo mi pecho alimentó?

Fueron tan solo rápidas centellas,  
Que el averno tartáreo consumió.

La luz de aquel amor que fulgurante  
No la podrá apagar el huracan,  
Cual fátuo fuego brillará constante,  
Iluminando el cráter del volcan.

Triste esperanza del amor perdido,  
En hondo abismo la inquietud te arroja,  
Y de tu flor arrancará el mugido  
Del soplo de aquilon, hoja por hoja.

Adios mi barca; si en felices dias  
Yo te libré de la furiosa mar,  
Y cual el rayo, tú, veloz partias  
Mis soñadas riquezas á buscar.

Hoy el destino nos separa impío,  
Y una barrera entre los dos coloca;  
Quedando sola en el desierto frio,  
Espuesta al choque de eminente roca.

Nunca te arrojes á buscar ventura  
Halagada de brisa matinal;  
Ninguna estrella para tí fulgura,  
No tiene el puerto para tí fanal.

En vez del cielo que soñado había  
Guió mis pasos de un infierno en pos;  
Adios, delirios de mi fantasia!  
Adios por siempre, mi *Esperanza*, adios!

FRANCISCO ORTIZ.

## SECCION MOSAICA.

### D. Juan José Soto.

Hállase actualmente en esta capital este distinguido colaborador del *Recuerdo*, y nos lisonjea la esperanza de bien pronto registrar en las columnas de este periódico algunas de las producciones de su esclarecido ingenio.

### Teatro dramático.

La sensible pérdida del padre de las señoritas Segura, ha hecho que en la semana que termina el teatro principal no haya podido dar mas que una miscelánea improvisada en la noche del martes. Este es el motivo de la falta de crónica teatral en el presente número de nuestro semanario. En cambio hallarán nuestros lectores un bello artículo con que nos ha favorecido un amigo, en el que se hacen apreciaciones imparciales del mérito de las dos compañías que actualmente funcionan en los teatros de Buenos Aires.

### El Prisma.

Hemos recibido los dos primeros números de un periódico literario que con aquel título ha aparecido últimamente en Montevideo, redactado por jóvenes orientales. Amigos indígenas del progreso de las letras en el Plata, hemos visto con íntima alegría esa publicación, que prueba que á despecho de los disturbios políticos que han aniquilado casi todo en nuestra hermosa é infortunada patria, la inteligencia no ha muerto aun y se levanta lozana y vigorosa de entre los escombros que la rodean, preparando la senda de la reparación y del progreso á través del enmarañamiento de los odios y errores de partido y caudillaje.

Felicitamos, pues, á nuestros jóvenes compatriotas los Redactores del *Prisma*, deseando que su pensamiento obtenga la protección que merece y una favorable realización.